

EL *LEBENSRAUM* DE ESTADOS UNIDOS¹

Todo el mundo sabe que la guerra siempre ha sido algo bueno para la geografía y durante las dos Guerras Mundiales Isaiah Bowman, el protagonista del libro de Neil Smith titulado *American Empire*, fue el geógrafo profesional más próximo al núcleo de la reconstrucción posbélica de Washington. En 1917, en vísperas de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, el joven y ambicioso director de la *American Geographic Society* fue reclutado por Edward House para desempeñar un papel fundamental como miembro de la Comisión de Woodrow Wilson, el grupo al que se encomendó preparar las posiciones estadounidenses para el acuerdo de paz. Bowman fue el consejero jefe para asuntos territoriales de Wilson en la Conferencia de París y, en 1921, el fundador en calidad de director del Consejo de Relaciones Internacionales al lado de Elihu Root. Su informe geopolítico, *The New World*, fue publicado aquel mismo año y se convirtió en «el manual del despertar del siglo americano». Bowman estuvo adscrito al Departamento de Estado durante el mandato de Roosevelt, tanto antes como durante la Segunda Guerra Mundial, y fue miembro del Comité Consultivo para la Política Exterior Posbélica desde 1942. Un anticomunista visceral –y presidente de la universidad Johns Hopkins–, murió de un ataque al corazón en 1950.

La sugestiva contribución de Smith a la historia del expansionismo estadounidense no es, tal y como su título podría sugerir, una de las tantas contribuciones a las teorías del imperialismo; ni tampoco, como podría indicar su subtítulo, «el preludio de la globalización», su exploración cubre el periodo posbélico. Smith centra su atención, por el contrario, en el modo en que los internacionalistas liberales estadounidenses de la primera mitad del siglo xx pensaron realmente su proyecto expansionista-imperial y en el lenguaje que construyeron para legitimarlo. De este modo, revela la extraordinaria continuidad de la campaña expansionista de Estados Unidos durante el siglo pasado y la naturaleza igualmente inpercedera de sus ideologías, desde la época de Wilson hasta Bush. El

¹ Neil SMITH, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, University of California Press, 2004.

«intento de aplicar los principios de la Doctrina Monroe al mundo en general» es una síntesis tan adecuada de la Estrategia de Seguridad Nacional presentada en septiembre de 2002 por Bush, como lo era de los esfuerzos de Wilson por erigir la Liga de Naciones.

Smith demuestra de qué modo las ideologías del expansionismo estadounidense disuelven constantemente las críticas relaciones geográficas que subyacen a la ampliación y al sostenimiento del Imperio en ideas vacías y universalizadoras que sirven para empañar la visión: frases como el «siglo americano» de Luce, o la propia palabra «globalización», son dos meros ejemplos de este fenómeno. Mientras no se desvele el verdadero sentido de la «geografía del siglo americano», sostiene Smith:

los orígenes, los perfiles, las posibilidades y los límites de lo que hoy se llama globalización también permanecerán ocultos. No hay modo de comprender de dónde vienen, ni a dónde llevarán, los cambios globales experimentados a lo largo de los últimos veinte años si no se comprende de qué forma el poder político y empresarial estadounidense trazó el mapa de un imperio emergente a lo largo de todo el siglo xx. Si bien este libro es ante todo histórico, su principal objetivo es ofrecer una perspectiva desaparecida de la geografía del poder global contemporáneo.

La última frase de este párrafo extraído de su libro corre el riesgo de ser malinterpretada. Más que la geografía del poder global contemporáneo, Smith nos ofrece la visión de Isaiah Bowman de la geografía del poder durante las décadas del ascenso de Estados Unidos. Esta exploración exhaustiva de los archivos de Bowman proporciona un retrato esclarecedor tanto de él mismo y de sus colegas como del mundo al que se enfrentaron y de las exigencias de la campaña expansionista estadounidense. De hecho, la fascinación que siente Smith hacia Bowman le lleva a explorar cada faceta de su vida pública y de sus opiniones mucho más allá del campo de los asuntos internacionales. El resultado es un retrato multifacético de la perspectiva y de los prejuicios de una figura central de la elite internacionalista de Estados Unidos.

Bowman nació en 1878 siendo descendiente de menonitas suizos y creció en una comunidad agrícola pobre del Michigan rural, aproximadamente a 100 kilómetros al norte de Detroit. Resuelto y agresivo –hay un fugaz parecido entre él y James Cagney–, a la edad de veintidós años aprovechó la oportunidad de librarse de la dedicación a la enseñanza en una escuela rural e ir a la Universidad. Su profesor de geografía en el Estado de Michigan, Mark Jefferson, le ayudó para que pudiera trabajar con William Morris Davis en Harvard, donde el joven Bowman tuvo que colocarse manteniendo encendidas las calderas y quitando nieve con la pala para pagarse el viaje, encontrando, no obstante, el trabajo «alentadoramente difícil». En Estados Unidos, la geografía aún se encontraba dando sus primeros pasos como disciplina académica. Smith describe la coexistencia de influencias alemanas –por ejemplo, *Die Erde und das Leben* del

autor afincado en Leipzig Friedrich Ratzel, y su *Polistische Geographic* escrito en 1898— con las tradiciones nativas más pragmáticas de la exploración financiada por el Estado y de la recogida cartográfica de datos que se remontaban a los días de Jefferson. Bowman trabajó para la Agencia Estadounidense de Investigación Geológica en Charleston y Dallas y, posteriormente, se trasladó a Yale donde ayudó a forjar el nuevo currículum impartiendo un listado enciclopédico de cursos diversos en los que enseñó desde geología y fisiogeografía hasta geografía comercial y política, e inauguró importantes estudios regionales.

Smith evoca de manera excelente la «urgencia por la expansión» estadounidense tal y como se expresó en los primeros años del siglo xx; por ejemplo, cita los comentarios de Senador Albert Beveridge cuando afirmó que «las fábricas estadounidenses hacen más de lo que el pueblo estadounidense puede utilizar. El suelo estadounidense está produciendo más de lo que puede consumir. El destino ha escrito nuestra política por nosotros. El comercio mundial debe ser y será nuestro». La teoría del imperialismo basada en el capital excedente había sido articulada por vez primera en la década de 1880 por un periodista de *The Wall Street* llamado Charles Conant. Conant explicó que la depresión de aquella década se había debido a la falta de una nueva oferta para el capital excedente estadounidense en el ámbito doméstico, mientras instaba a la expansión imperial para abrir nuevos campos rentables a la inversión. La teoría de Conant fue posteriormente adoptada no sólo por algunos entusiastas entre los que se encontraba Elihu Root, sino también por críticos del imperialismo como John Hobson en Inglaterra y, en efecto, por la teoría marxista clásica. El propio Smith no incide en los orígenes del impulso expansionista, pero parece aceptar que es la tendencia hacia el exceso de producción doméstica y el capital excedente existente dentro de los territorios donde el capitalismo es más fuerte lo que lleva a sus Estados a intentar abrir otras zonas aptas para la acumulación capitalista.

La perspectiva de Bowman no era muy dispar. Cuando todavía era un joven de diecinueve años, en 1898, se había sentido embargado por un patriótico «frenesí bélico» y había formado en el interior de Michigan su propia milicia de voluntarios integrada por 100 efectivos cuando la bandera de las rayas y las estrellas fue clavada en Cuba y en Filipinas. *Politische Geographie* de Ratzel —donde se adaptaban las ideas organicistas tomadas de las ciencias naturales para argumentar que las naciones necesitaban crecer en aras a sobrevivir, lo que explicaba que la expansión territorial, la adquisición del «lebensraum», fuese un rasgo inherente de los pueblos y de los Estados fuertes— concordaba perfectamente con las propias inclinaciones de Bowman.

En 1907, Bowman emprendió viaje hacia los Andes en la primera de tres expediciones organizadas por la Universidad de Yale a América del Sur, navegó hasta Panamá —donde quedó impresionado por las obras efectuadas en el canal— y después descendió la costa del Pacífico hasta llegar

a Perú. Al desembarcar, intentó estimar la posibilidad de aplicar el «ciclo» de la sedimentación y la erosión de Davis a los Andes peruanos, dotados de una geomorfología constituida por formas paisajísticas jóvenes, curtidas y viejas. Su travesía le hizo recorrer cerca de 16.000 kilómetros en mula, en canoa, en tren y en diligencia. En un viaje posterior (en el que Irma Bingham «descubrió» el Machu Picchu), Bowman cartografió los rápidos del río Urubamba cuando se precipita entre los muros escarpados de su cañón. Al salir de los Andes y llegar donde limitan con una región ondulada cubierta por la selva, vio el corte entre el paisaje de las montañas y la Amazonía «casi tan marcado como una orilla». Bowman no daba crédito a la visión que Alexander von Humboldt tenía del Amazonas a principios del siglo XIX según la cual aquellos bosques serían sustituidos por ciudades densamente pobladas puesto que consideraba que su geografía no era muy apta para la vida humana y que la fuerza de trabajo era demasiado escasa. Por el contrario, él veía un panorama drásticamente determinado —compuesto por los primeros hacendados, los indígenas que vivían en la selva, los nobles guías Aymara y el «intrincado» quechua—, «una auténtica estratificación de la sociedad correlativa a los estratos superpuestos del clima y de la tierra». Bowman comprendió la tarea que se abría ante él en términos más científicos que Humboldt. Con exploradores y cultivadores de caucho perfectamente establecidos en el Amazonas, la barrera andina al mercado con la costa del Pacífico se había convertido en la última frontera de las Américas. La época de los conquistadores² se había caracterizado por la «pura conquista humana», escribió Bowman; un territorio del que no se poseía mapa y que había sido abierto a punta de mosquete. Pero en la era del comercio y del capital, la conquista se tornaba «condicional», dependiente de los beneficios que se iban a derivar de tender líneas de ferrocarril a través de las montañas, de drenar pantanos y de irrigar desiertos; en otras palabras, dependía de la voluntad y de los recursos de las «razas más fuertes».

En 1914, con las expediciones de la Universidad de Yale a América del Sur a sus espaldas, Bowman recibió el ofrecimiento de asumir la dirección de la entonces languideciente American Geographical Society, cuya sede en Manhattan (entre Broadway y la calle 155) consistía en un edificio de tres plantas donde se guardaban mapas, materiales de estudio y otros recursos cruciales. Bowman convertiría esta sociedad en su base institucional durante los siguientes veinte años, antes de su último traslado a la Universidad Johns Hopkins. Se reveló ágil en la feroz lucha interna y en la incesante contienda por el poder que tanto entonces como ahora caracterizó a la elite política estadounidense, renovando y dinamizando la sociedad y buscando activamente establecer conexiones con los servicios de inteligencia militar estadounidenses. Cuando desde la Casa Blanca se le propuso participar en la Comisión de Wilson en 1917, Bowman se movió rápidamente para asegurarse de que el proyecto se instalara en el

² En castellano en el original. [N. de la T.]

último piso del edificio de la sede de la sociedad para mantenerse a cubierto del vociferante movimiento contra la guerra.

En diciembre de 1917, la Comisión había esbozado las bases de lo que se convertiría en los Catorce Puntos de Wilson: «rehacer el mapa del mundo tal y como hoy lo conocemos», alardeó la Casa Blanca. La delegación estadounidense en la Conferencia de Paz celebrada en París en 1919 fue equipada con una lista negra elaborada por Bowman que contenía soluciones territoriales para veintisiete zonas disputadas de Europa, mapas a gran escala y, por si no fuera suficiente, datos étnicos y lingüísticos así como físicos y políticos, y un detallado informe económico y laboral. Mientras la guerra civil todavía causaba estragos en Rusia, Bowman se enfrascó en una dura batalla para extender las fronteras polacas y después de la Primera Guerra Mundial fue aclamado como un héroe nacional en Varsovia. *American Empire* muestra en qué medida la experiencia de París fue formativa para el propio Bowman. No sólo le convirtió en una figura pública sino que le instruyó en la política internacional y le inició –a una persona que hasta entonces no había sido otra cosa que un nacionalista republicano incondicional– en la jerga del expansionismo wilsoniano. Smith subraya una verdad sencilla pero importante: los esfuerzos de la elite liberal internacionalista de Estados Unidos para construir un nuevo orden global que reemplazara el mundo de los imperios europeos eran en sí mismos un ejercicio encaminado a la construcción imperial y no un intento inocente de reeducar al mundo en los ideales wilsonianos. En otras palabras: los ideales eran la bandera de un grupo comprometido en una puja por el poder global.

Bowman y sus colegas desplegaron el concepto de Ratzel del *lebensraum* como una idea esencialmente económica: el crecimiento estadounidense demandaba una expansión a escala global. Lo que justificadamente fascina a Smith es la forma en que este grupo llegó a tomar conciencia de que ellos podrían organizar una nueva forma de orden mundial que podría servir tanto para afianzar el dominio estadounidense global como para estructurar la totalidad del mundo capitalista y asegurar que todos sus núcleos principales pudiesen adquirir en su seno el *lebensraum* adecuado para sí mismos. La idea subyacente de la visión de este grupo descansaba en la difundida percepción de que el mundo se estaba cerrando políticamente a medida que durante los primeros años del siglo xx su territorio incorporaba imperios o Estados más o menos modernos. Este sentido de cierre se experimentaba de modo particularmente fuerte entre los geógrafos, cuyo trabajo hasta entonces había estado estrechamente ligado a la exploración de las partes del globo sin cartografiar; las Expediciones de la Universidad de Yale se hallaban entre los últimos chasquidos de aquella época. Tal y como observa Smith, Rosa Luxemburg pensaba que el cierre de las fronteras globales conduciría al hundimiento del capitalismo. En opinión de Lenin, la consecuencia de este cierre era, por el contrario, que la política internacional entre los diversos órdenes capitalistas pasaría a centrarse en la forma de redividir los botines. En «The Geographical Pivot of History», publicado en la revista londinense *Geo-*

graphical Journal en 1904, Halford Mackinder sostenía que el cierre produciría una nueva forma de interdependencia política y social:

De ahora en adelante [...] tendremos que enfrentarnos a un sistema político cerrado que, sin embargo, tendrá un campo de acción de alcance mundial. Toda explosión de fuerzas sociales, en lugar de disiparse en un circuito envolvente formado por un espacio desconocido y un caos bárbaro, tendrá una resonancia tan inmensa que llegará hasta el último rincón del globo y, en consecuencia, los elementos débiles existentes en el organismo político y económico del mundo serán destruidos [...]. Probablemente, cierta intuición de este hecho está, por fin, consiguiendo apartar en gran medida la atención que los estadistas de todos los rincones del globo habían depositado en la expansión territorial y desplazarla hacia la lucha por el logro de la eficiencia relativa.

Éste era el contexto en el que los líderes estadounidenses sopesaron las formas en las que podrían explotar los recursos de su capitalismo industrial para proporcionar tanto una «redivisión del botín» como una nueva estructura del orden mundial bajo su liderazgo. La ruptura a la que apuntaban los internacionalistas estadounidenses del periodo de Wilson descansaba en su descubrimiento de que la conexión entre la economía y la geografía política sobre la que se sostenía la acumulación de capital europea podía romperse. La expansión económica podía divorciarse del engrandecimiento territorial y el resultado estaría perfectamente en sintonía con los intereses nacionales estadounidenses. Esta idea conformó el fundamento programático real del liberalismo moralista global de Wilson. En palabras de Smith:

El internacionalismo estadounidense desempeñó un papel histórico pionero en forzar los goznes de la expansión económica a partir del control político y militar directo sobre los nuevos mercados [...] [anticipando] una economía mundial en la que las diferencias territoriales entre los Estados era de una relevancia *económica* menor y en la que las disputas políticas podrían ser reguladas para evitar la perturbación del mercado.

Bowman no fue, en absoluto, el precursor de estas soluciones estadounidenses al rompecabezas del cierre político global, pero su trabajo de 1921, *The New World*, jugó un papel importante en instruir a las elites políticas y comerciales estadounidenses sobre las realidades de la geografía política global: tanto de las posibilidades que se abrían ante ellas respecto a la política mundial como de los obstáculos que se interponían a su liderazgo global. El libro ayudó a formar el lenguaje público del expansionismo estadounidense enlazando su visión del poder político y económico con el discurso del liberalismo estadounidense. Junto a su trabajo en el Consejo de Relaciones Internacionales, el libro asentó la preeminencia de Bowman en este campo.

«Lo queramos o no –comienza *The New World*–, estamos obligados a hacernos cargo de la situación mundial actual de un modo u otro», ya que Esta-

dos Unidos estaba entonces demasiado implicado como para dejar de hacerlo. Y, puesto que, según sus palabras, «ahora el mundo ha sido parcelado casi hasta el límite del “espacio político” vacante», la necesaria expansión económica de los Estados-nación individuales ya no podría alcanzarse mediante la expansión del control en términos puramente políticos, sino que debía tener lugar dentro del «espacio económico». La expansión territorial debería ser «sucedida por la expansión económica». Pero en opinión de Smith, Bowman entendía que este nuevo mundo no iba a alcanzarse de modo inmediato y que, durante el periodo de transición, la geografía política continuaría siendo el fulcro del poder mundial. La disociación discursiva de la economía y de la expansión territorial efectuada por Bowman es juzgada como «oportuna», en tanto que se trataba de una forma de protegerse frente a la acusación de que el expansionismo estadounidense no era más que imperialismo disfrazado bajo una piel de cordero.

No obstante, el propio Smith guarda un sorprendente silencio acerca de la relación real entre la geopolítica y el poder militar estadounidense, por un lado, y la reorganización de la economía mundial para el *lebensraum* estadounidense, por otro. En ocasiones, casi parece estar aceptando como válido el discurso de Bowman en lo referido a la disolución de la geopolítica en la economía liberal internacional. En realidad, la reestructuración de la economía mundial para abrir espacio al expansionismo estadounidense nunca iba a dejar de ser una cuestión de poder político y de estrategia geopolítica. La idea de que se trataba únicamente de la *transición* del viejo orden al nuevo era una forma de evasión ideológica. La principal cuestión a la que se enfrentaba Estados Unidos en la primera mitad del siglo xx era cómo reemplazar a las potencias europeas como centro político del mundo, cuestión absolutamente vinculada a una determinada política de potencia. Pero la cuestión más importante *después* de la transición sería la referida a la política de potencia del dominio estadounidense, en la cual la geopolítica todavía conservaría un lugar preeminente.

Smith no aborda directamente esta cuestión. Tampoco explora los debates sobre el diseño de una gran estrategia que se abrieron al hilo de aquella dentro de las elites estadounidenses del periodo de entreguerras. Esta tarea supondría deshacerse de la diferencia política e ideológica habitual que los historiadores han establecido entre los «aislacionistas» y los internacionalistas liberales. El aislacionismo es una etiqueta que encubre un catálogo de corrientes radicalmente distintas. Smith afirma que había un antagonismo radical entre los aislacionistas que querían realmente volver la espalda al mundo y los líderes del Consejo de Relaciones Internacionales. Pero no deberíamos olvidar que el propio Consejo estaba integrado por figuras descollantes de las denominadas Administraciones republicanas aislacionistas de la década de los veinte. No había una gran distancia entre esta gente y una figura como Bowman (él mismo un republicano de Michigan, a pesar de que en 1920 emitiera un voto demócrata «sin precedentes» a favor de Wilson). La coalición de Roosevelt durante la guerra hizo converger sendos grupos en una amistosa alianza. Después de todo,

ambos estaban comprometidos con la campaña para lograr un dominio global estadounidense. Se deba o no a la casualidad, el hecho es que desde el punto de vista de la gran estrategia ejecutada por Estados Unidos los esfuerzos de las administraciones republicanas que ocuparon el gobierno a lo largo de la década de los veinte, así como las desplegadas por la Administración de corte aislacionista presidida por Roosevelt durante la mayor parte de la década de los treinta, podrían verse como un intento preparatorio del terreno para lo que vino después: la caída de las potencias euroasiáticas en la Segunda Guerra Mundial y la asunción del papel de líder mundial por parte de Washington sin apenas entorpecimientos como resultado de aquélla.

El aislacionismo de la elite durante el periodo de entreguerras no reflejaba en absoluto una retirada estadounidense de la política mundial. Era el rechazo a desempeñar el papel de garante y de sostén del orden mundial existente. En este punto, Bowman apenas se distingue de un político republicano como Stimson. *The New World* no era una defensa del statu quo, sino la declaración de que el mundo centrado en los imperios europeos se hallaba históricamente acabado. Pero estos imperios todavía estaban efectivamente en el centro de la política mundial y durante el periodo de entreguerras la tarea de Estados Unidos consistió en encontrar y proseguir una geopolítica que invirtiera esa realidad. Ésta era la gran cuestión política que el economicismo liberal wilsoniano asumido por Bowman tornó ideológicamente tabú.

El examen de la década de 1930 llevado a cabo por Smith, así como del asombroso silencio de Bowman ante las críticas levantadas contra él en Alemania sobre la cuestión de la geopolítica, proporcionan un interesante material acerca de esta zona tabú. La revista *Zeitschrift für Geopolitik*, fundada en 1924 por el geógrafo y general de la Primera Guerra Mundial afincado en Munich Karl Haushofer, se convirtió en un lugar neurálgico para elaborar una estrategia acorde a las demandas de Alemania por el *lebensraum* a partir del trabajo de Ratzel, de Mackinder y del politólogo sueco Rudolf Kjellén. *The New World* fue interpretado –con bastante acierto– como la opinión emitida por la parte vencedora del acuerdo de conclusión de la Gran Guerra; y tampoco se olvidó el papel de Bowman en el diseño de las fronteras de Polonia que se llevó a cabo en París. La obra *Macht und Erde*, elaborada por el grupo y editada por Otto Maull, se presentaba a sí misma como una «contestación alemana a la obra *The New World* escrita por I. Bowman».

Tal y como indica Smith, el silencio de Bowman ante estas críticas era algo sumamente excepcional. Su propio pensamiento había sido modelado por el trabajo de Ratzel. Él no sólo siguió ávidamente los debates geográficos alemanes durante todo el periodo de entreguerras, interviniendo para defender la geomorfología del «ciclo» de Davis, sino que también visitó Berlín en 1934 y mantuvo un contacto regular con los geógrafos alemanes en diversas conferencias internacionales. Sin embargo, a pesar de

que Bowman no se caracterizaba por esquivar la polémica cuando su reputación o sus opiniones eran cuestionadas en lo más mínimo, en este caso dejó la tarea de articular una respuesta estadounidense a las críticas de Haushofer al emigrado holandés Nicholas Spykman, cuyo libro *American Strategy in World Politics* no apareció hasta 1942, cuando ya se habían desencadenado guerras en los cuatro puntos cardinales de Eurasia. Únicamente entonces Bowman intervino públicamente elogiando la obra de Spykman como una advertencia muy necesaria al pueblo estadounidense y aceptando la necesidad de la guerra para defender el modo de vida americano. Y, en efecto, la estrategia de Spykman –concebida para que Estados Unidos se concentrara en conquistar y controlar las dos costas euroasiáticas, Europa occidental y Japón– fue la estrategia adoptada por Estados Unidos durante la década de los cuarenta. No obstante, el propio Bowman se mantuvo obstinadamente aferrado al mito de que Estados Unidos no efectuaba movimientos geopolíticos ni pujaba por construir un imperio, sino que tan sólo pretendía extender la paz, la justicia y un determinado sistema económico.

Aquí nos hallamos ante una laguna en la historia narrada en *American Empire* del periodo de entreguerras. Smith deja sin cuestionar el mito oficial del aislamiento y de los movimientos tendenciales. Tampoco considera el hecho de que, en realidad, tanto Bowman como otras figuras seguían una estrategia bastante coherente de avivar las tensiones y las rivalidades entre las potencias europeas mediante una política basada en el endeudamiento y en las indemnizaciones derivadas de la guerra. Entretanto, la conexión anglo-japonesa se rompió y la supremacía naval británica terminó en la conferencia de Washington de 1922 asegurando la vulnerabilidad estratégica del Imperio oriental británico. No debería esperarse que Smith aborde absolutamente todo en un libro ya de por sí bastante extenso, pero la ausencia de toda referencia al papel que desempeñaron los círculos de Bowman para guiar una gran estrategia estadounidense durante el periodo de entreguerras es una omisión importante.

Quizá la contribución más valiosa de Smith a nuestra comprensión del expansionismo estadounidense radica en su tratamiento exhaustivo de los debates entablados en Washington acerca de cómo abrir los imperios coloniales europeos al capital estadounidense. Ésta fue una de las preocupaciones de Bowman durante toda su carrera, desde sus primeros días en la *American Geographic Society* hasta sus últimas actividades para la Administración de Truman antes de su muerte. La Administración de Wilson había abordado la cuestión desde el comienzo mismo de la Primera Guerra Mundial. El trabajo de la Comisión concentró sus esfuerzos en asegurar la «libertad de las relaciones económicas entre naciones independientes»; las colonias «aptas» debían encaminarse a la independencia mientras las «no aptas» debían estar gobernadas por «comités internacionales para zonas subdesarrolladas». El historiador George Louis Beer, especialista en historia de África y que había sido nombrado miembro de la Comisión, argumentó que la idea de que unas comisiones internacionales gobernarán las colonias no era factible. Por

el contrario, él propuso el concepto de potencias coloniales que actuaran bajo «mandatos internacionales» en calidad de fideicomisarias, «primeramente en interés de las naciones y, secundariamente, del resto del mundo en general». El interés de esto último descansaría en «asegurar “una puerta abierta” en el sentido más amplio posible».

Durante la Segunda Guerra Mundial, Bowman se encontraba nuevamente en el centro de los debates en torno a la apertura de las colonias europeas. A sus 60 años, era una figura prominente de la delegación presidida por Stettinius que en 1944 fue enviada a Gran Bretaña para discutir los planes de posguerra con instrucciones especiales respecto a los asuntos coloniales. La mayor parte de las tentativas diplomáticas de Bowman fracasaron, pero en aquel tiempo él ya no estaba a favor de dismantelar el imperio británico sino que consideraba más conveniente su absorción dentro del nuevo *lebensraum* estadounidense. Smith muestra que ya entonces Washington estaba realizando un lavado de imagen a su campaña de penetración en los imperios coloniales anunciando un programa para favorecer el desarrollo económico del Sur en lugar de desplegar una política de anticolonialismo. Éste fue el tema más importante del discurso inaugural de Truman en 1949. Su «Punto IV» era un llamamiento a continuar con el Plan Marshall a través de un programa dedicado a la inversión y el «desarrollo» en las colonias europeas así como en otras partes del Tercer Mundo. Bowman pudo ser convencido para asumir la responsabilidad de este proyecto a pesar de que en sus primeros años sus frutos fueran más bien escasos.

De hecho, uno de los rasgos más destacados de la estrategia económica estadounidense desplegada por la Administración de Roosevelt durante la guerra había sido el gran peso que se había depositado sobre la apertura de las colonias europeas a las empresas estadounidenses. Tal y como señala Smith, la razón de esta prioridad puede obedecer al hecho de que, en el momento en que se inició la guerra, cerca del 60 por 100 de la inversión estadounidense en el extranjero estaba localizada en el hemisferio sur. No obstante, el capitalismo industrial de este país ya se había transformado en un capitalismo de consumo de masas que, de modo inevitable, centraría sus esfuerzos en capturar otros mercados capitalistas avanzados ya que éstos serían los únicos capaces de proporcionar un mercado de consumo de masas a los productos estadounidenses. Pero Bowman reveló una lucidez y una intuición notables para comprender que, en último término, la relevancia económica del Sur para el capitalismo estadounidense descansaría no sólo en su papel como una fuente de materias primas y de minerales de valor estratégico, sino como un vasto proveedor de mano de obra barata.

Al mismo tiempo, Bowman también se percató de la importancia que tenía para Estados Unidos la reactivación de Alemania como centro industrial de Europa occidental, no sólo como baluarte frente a la Unión Soviética, sino también como instrumento para fortalecer los mercados europeos como salidas para el capitalismo estadounidense. Destinado al Departamento de

Estado en el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Bowman se convirtió en un prominente defensor de una Alemania posbélica unificada y económicamente fuerte. El Secretario de Guerra Stimson, responsable de conducir la política estadounidense en esta dirección contra la línea defendida por Roosevelt y por el Secretario del Tesoro Morgenthau, exprimió al máximo el consejo de Bowman. De hecho, es posible que ésta haya sido la principal contribución política de Bowman al orden posbélico.

Para muchos estudiosos de política exterior estadounidense uno de los misterios que encierra Estados Unidos radica en el modo en el que realmente efectúa esa política. Y si bien Smith no presta atención a esta cuestión, su libro es una espléndida monografía de uno de los mecanismos sociales fundamentales para la formulación de las líneas políticas estadounidenses: la selección y la educación de una elite de intelectuales políticos que simultanean su condición de líderes y de gestores del Estado dentro del nexo tejido entre las universidades y las instituciones privadas financiadas empresarialmente que forma esta parte central del Estado estadounidense. Smith nos ofrece un análisis extremadamente detallado y comprensivo de cómo Bowman fue seleccionado y formado para desempeñar este papel. A pesar de que sus orígenes eran sumamente pobres, él reunía todas las cualidades esenciales. En primer lugar, su origen étnico era el correcto; algo absolutamente esencial en las primeras décadas del siglo xx. En segundo lugar, era brillante y un trabajador infatigable, además de ser sumamente autodisciplinado y ambicioso. En tercer lugar, estaba más que dispuesto a aceptar el esquema ideológico dominante de la sociedad estadounidense. Y, por último, demostró ser lo suficientemente hábil en el uso de las herramientas esenciales de entablar contactos y de bandearse en las luchas internas como para ascender a través del peligroso mundo de la elite política estadounidense.

Smith brinda un vívido retrato de la cultura y del modo de operar de Bowman en el que encontramos una considerable abundancia de análisis de su etnicismo, de su antisemitismo y de su racismo despiadados, que no se vieron mitigados cuando ocupó el cargo de presidente de la Universidad Johns Hopkins; de sus maniobras políticas y de sus tácticas facionarias; de sus sórdidas traiciones a amigos y a colegas —entre los que se encontraba Owen Lattimore, que fue arrojado a los lobos de McCarthy—; así como del ultraje a sus propios ideales respecto a la geografía como disciplina académica en sus esfuerzos para sobrevivir durante los turbulentos años de la Administración de Truman. En un capítulo acerca de «La universidad kantiana», Smith muestra el modo en el que la ideología del positivismo, de la que Bowman fue un ávido promotor, sirvió para poner las universidades de elite y el trabajo de investigación realizado en las mismas firmemente al servicio del Estado.

Los gobiernos van y vienen, al igual que las coaliciones electorales ganan y pierden; es posible contar, sin embargo, con figuras como Bowman que durante décadas prestan sus servicios de modo ininterrumpido mante-

niendo la cohesión del aparato estatal y de sus líneas estratégicas de avance. Con este libro, Smith ha brindado un análisis excepcional de los mecanismos de selección de cuadros públicos en los inicios del siglo americano. En sus elementos estructurales básicos, aquellos han cambiado poco desde entonces. El retrato de Bowman recogido en las páginas de *American Empire* revela que es posible alcanzar una comprensión real de los frutos que han producido. A este respecto, *The New World* brinda una ilustración que merece ser citada:

En los últimos años la expansión de Estados Unidos ha levantado una cierta hostilidad entre los Estados latinoamericanos, una hostilidad basada en la suposición de que sus libertades económicas y políticas estaban en peligro; y, por lo tanto, Estados Unidos se enfrenta por primera vez desde que emprendiera su política de expansión en el exterior a una oposición política poderosa y directa. Aquí nos hallamos ante un problema de primer orden porque el pueblo estadounidense se desconoce tanto a sí mismo como es desconocido para el resto del mundo. No sabe de qué modo interferirán en su política de expansión, ya que en esta expansión no ha tenido que lamentar, hasta el momento, un solo traspies. Si bien esta experiencia ha hecho que mantenga una amistosa actitud para con los demás pueblos y que albergue un generoso aprecio por el punto de vista de los demás, hay un peligro en el hecho de que no sepa que los fuegos de la pasión podrían encenderse debido a una activa oposición.

Estas reflexiones, escritas en 1921, parecen hoy más actuales que nunca.